

# Literatura y cultura republicanas durante la guerra civil española<sup>1</sup>

Republican literature and culture during the Spanish civil war

**Manuel Aznar Soler**

GEXEL-CEFID, Universitat Autònoma de Barcelona  
manuel.aznar@uab.cat

Palavras-chave: Exilio, República, Franquismo, literatura, historia, política.  
Keywords: Exile, Republic, Francoism, literature, history, politics.

Tras la sublevación militar fascista iniciada el 18 de julio de 1936 los escritores, artistas e intelectuales españoles se dividieron en “facciosos”, partidarios del golpe de estado fascista, y “leales” a la legalidad democrática representada por el gobierno republicano del Frente Popular, victorioso en las elecciones del 16 febrero de ese mismo año 1936.

La mayoría, no únicamente cuantitativa sino también, y sobre todo, cualitativa de esos escritores, artistas e intelectuales españoles, los más y los mejores, fueron antifascistas “leales” al gobierno republicano, en guerra contra el fascismo internacional. Porque no olvidemos que la República no hizo la guerra, sino que se la hicieron.

## I. Fascismo y ¡Muera la inteligencia!

La nómina de escritores que tomaron partido por la sublevación militar fascista fue exigua y poco representativa de ese proceso histórico de compromiso “popular”, característico de la intelectualidad española durante la Segunda República. Los escritores fascistas hablaban de la defensa de los valores tradicionales, poniendo especial énfasis en la cuestión religiosa: Tradición, Imperio, Cruzada, luceros y estrellas eran las claves de un lenguaje nacionalista cuya mitología sustentaron escritores como Manuel Machado, Gerardo Diego, Ernesto Giménez Caballero, Eduardo Marquina o los más jóvenes Luis Rosales, Leopoldo Panero, Luis Felipe

<sup>1</sup> Este artículo es una síntesis muy sucinta y extremadamente breve del segundo volumen de mi libro *República literaria y revolución (1920-1939)*, en donde desarrollo con mayor profundidad los temas que se plantean aquí. Remito al lector interesado, por tanto, a mi libro de 2010, en donde estos temas se intentan abordar en su apasionante complejidad.

Vivanco, Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo, Gonzalo Torrente Ballester, Antonio Tovar, Agustín de Foxá, Rafael Sánchez Mazas, Eugenio d'Ors, Eugenio Montes, José María Pemán, todos ellos falangistas o monárquicos comprometidos entonces.

Este enorme vacío intelectual intentó atenuarse con los conatos de capitalización fascista de los escritores de la crisis de fin de siglo, como Unamuno o Baroja, manipulados en busca de una tradición intelectual inexistente. Pero la inteligencia española había asumido mayoritariamente un compromiso antifascista en defensa de la legalidad democrática. Y esta masiva simpatía de la intelectualidad española por la Segunda República desató el odio visceral del fascismo contra la propia inteligencia, cobrándose víctimas simbólicas como Federico García Lorca o el catedrático Leopoldo Alas, hijo de Clarín. Este odio contra la inteligencia llegaba al punto de atribuirle las responsabilidades de la guerra con un lenguaje y una retórica inequívocamente fascistas:

Los principales responsables de esta inacabada serie de espeluznantes dramas son los que, desde hace años, se llaman a sí mismos, pedantescamente, “intelectuales”. Éstos, los intelectuales y pseudointelectuales interiores y extranjeros, son los que, tenaz y contumazmente, año tras año, han preparado una campaña de corrupción de los más puros valores éticos, para concluir con el apocalíptico desenlace a que asistimos, como negro epílogo de una infernal labor antipatriótica que, por serlo, pretendía desarraigar del alma española la fe de Cristo y el amor a nuestras legítimas glorias nacionales. (Suñer, 1937, pp. 6-7)

La violenta agresividad del pensamiento fascista perpetraba una cadena de responsabilidades cuyas raíces intelectuales se iniciaban en el krausismo decimonónico y se prolongaban hasta la Institución Libre de Enseñanza, la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, el Ateneo de Madrid, la Federación Universitaria Española, las agrupaciones judaico-marxistas y las sectas masónicas que, en contubernio con algún intelectual liberal-burgués de la Agrupación al Servicio de la República (Marañón, Ortega o Pérez de Ayala), habían provocado “el apocalíptico desenlace”. Estas obsesiones hereditarias, transformadas en un ataque frontal a la inteligencia por parte del pensamiento fascista, traducían sus delirios de interpretación histórica y su propia miseria mental.

## II. Las Alianzas de Intelectuales para la Defensa de la Cultura (AIDC) de Madrid y Barcelona

La AIDC, organización unitaria y frentepopular de los artistas, escritores e intelectuales antifascistas españoles, nació como una necesidad impuesta por el contexto histórico, como la alternativa real de vinculación de la inteligencia republicana con ese pueblo a cuyo servicio se supeditaba todo su trabajo creador. Esta identificación plena y activa con la causa popular era la consumación de un largo proceso de la cultura española que ahora el antifascismo resolvía en compromiso militante (Aznar Soler, 2010a).

Tras el 18 de julio se produjo una torrencial avalancha de manifiestos en donde la inteligencia española afirmaba su compromiso al servicio de la causa

popular. A finales de julio de 1936 la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura hacía público un comunicado que constituía su documento fundacional (Aznar Soler, 1987b, pp. 303-304). El carácter frentepopular de la Alianza, su condición de “cauce apropiado de la pasión de la inteligencia en nuestra lucha”, no podía soslayar la impronta comunista en su iniciativa cultural, aun cuando era rigurosamente cierto que “todas las posiciones del intelectual en España, desde Alberti a Bergamín, están representadas e integradas en la Alianza, como lo están en las trincheras, donde nuestros combatientes se unen ante un enemigo común, que lo es también de la inteligencia y de la cultura” (Zambrano, 1936, p. 22; 1998).

En el *ABC* del 31 de julio de 1936 podía leerse una escueta nota suscrita por la inteligencia liberal-burguesa española, cuya fidelidad republicana se vería sin embargo en entredicho poco después en casos tan conocidos como los de Marañón, Ortega y Gasset o Ramón Pérez de Ayala:

Los firmantes declaramos que, ante la contienda que se está ventilando en España, estamos al lado del Gobierno de la República y del pueblo, que con heroísmo ejemplar lucha por sus libertades.

Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Teófilo Hernando, R. Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Gustavo Pittaluga, Juan de la Encina, Gonzalo R. Lafora, Pío del Río Hortega, Antonio Marichalar y Ortega y Gasset.

La función de los intelectuales sufrió en toda Europa una transformación innegable en el contexto histórico y político de los años treinta y con razón Antonio Gramsci pudo escribir que, en la España de la Segunda República, “la función de los intelectuales en la política tiene un carácter inconfundible, que puede merecer que se la estudie” (Gramsci, 1972, p. 137).

En rigor, tras el 18 de julio de 1936 acabará por consolidarse en España la imagen del “intelectual orgánico” (Gramsci, 1970, p. 392), gestado en un proceso de compromiso popular que, en muchos casos, del populismo como forma insuficiente de ruptura con el individualismo pequeñoburgués, acabará por asentarse en la figura del “intelectual colectivo”. No se trataba ya en esa circunstancia de guerra civil de *ir hacia* el pueblo, sino de *estar con* ese pueblo en armas. Y ese *estar con* comprometía a la inteligencia en un trabajo colectivo y específico de desarrollo del Frente Popular cultural.

Sobre el carácter frentepopular y el antifascismo como consigna unitaria, es muy explícita la siguiente nota anónima de la propia Alianza, que puede leerse en la página inicial del número 1 (27 de agosto de 1936) de la revista *El Mono Azul*, órgano de expresión de la AIDC madrileña, con el título de “Defensa de la Cultura”:

La Alianza de Intelectuales Españoles, no un partido político, sino afiliados y simpatizantes de todos los partidos del Frente Popular, reunidos en un solo fervor, os aseguran que mientras quede en pie un muro y un papel siga en blanco, escribirán, sobre la gran verdad española, la inmensa epopeya de nuestra guerra liberadora, la gloria de ser español, y generosamente colaborarán en este frente antifascista, punto de mira y término de acción de la Alianza de Intelectuales.

Miguel Hernández, combatiente en el batallón de El *Campechino* y conciencia colectiva de la clase obrera y campesina española durante la Guerra Civil, resumía con una elemental claridad ese “estado” de compromiso revolucionario entre poeta y pueblo en la “Dedicatoria a Vicente Aleixandre” de su libro poético *Viento del pueblo*:

Nuestro cimiento será siempre el mismo: la tierra. Nuestro destino es parar en las manos del pueblo. Sólo esas honradas manos pueden contener lo que la sangre honrada del poeta derrama vibrante. Aquel que se atreve a manchar esas manos, aquellos que se atreven a deshonorar esa sangre, son los traidores asesinos del pueblo y la poesía, y nadie los lavará: en su misma suciedad quedarán cegados [...]. Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas. Hoy, este hoy de pasión, de vida, de muerte, nos empuja de un imponente modo a ti, a mí, a varios, hacia el pueblo. (Hernández, 1992a, p. 550)

Acaso con mayor precisión el propio Hernández expresaba esa condición de la literatura como arma de guerra en su “Nota previa” a *Teatro en la guerra*, texto que servirá como testimonio acusatorio en su posterior juicio por tribunales franquistas:

El 18 de julio de 1936, frente al movimiento de los militares traidores, entro yo, poeta, y conmigo mi poesía, en el trance más doloroso y trabajoso, pero más glorioso, al mismo tiempo, de mi vida. No había sido hasta ese día un poeta revolucionario en toda la extensión de la palabra y su alma. Había escrito versos y dramas de exaltación del trabajo y de condenación del burgués, pero el empujón definitivo que me arrastró a esgrimir mi poesía en forma de arma combativa me lo dieron los traidores, con su traición, aquel iluminado 18 de julio. Intuí, sentí venir contra mi vida, como un gran aire, la gran tragedia, la tremenda experiencia poética que se acercaba en España, y me sentí, pueblo adentro, más hondo de lo que estoy metido desde que me parieran, dispuesto a defenderlo firmemente de los provocadores de la invasión. (Hernández, 1992b, p. 1787)

Pero esta unidad antifascista era capaz de aglutinar un compromiso colectivo en defensa de la cultura que no podía borrar las diferencias de clase o de partido político que existían entre sus miembros. El órgano del Quinto Regimiento, *Milicia Popular*, manifestaba en una nota publicada el 1 de agosto de 1936 una prudencial reserva ante muchos firmantes de manifiestos, aun cuando defendiese la urgencia de un compromiso antifascista colectivamente asumido:

Todos los intelectuales y artistas, por el hecho de serlo y nada más, están, en principio, fatalmente colocados en contra del fascismo y la barbarie reaccionaria, y si no lo están es por circunstancias accesorias, por su codicia y cobardía, por su indignidad, por su traición a sí mismos, a la inteligencia libre y a la cultura [...]. Muchas diferencias nos separan de muchos de los intelectuales que han firmado los manifiestos que estos días se han dado a la Prensa, pero nos une la condenación unánime que han hecho del fascismo español.

De cualquier forma, la Alianza conoció un espectacular crecimiento en los primeros instantes de la Guerra Civil. El compromiso antifascista de la inteligencia española se realizaba, pues, en defensa de la cultura, de la libertad y de la dignidad humana. Esta defensa de la cultura implicaba la concepción de un nuevo humanismo, un humanismo que veía en el socialismo una alternativa de futuro colectivo y en el fascismo la amenaza de su destrucción.

Los locales de la Alianza madrileña quedaron instalados en Marqués del Duero, 7, en el palacio del Marqués de Heredia Spínola. La planificación del trabajo se realizó por secciones, de cuya actividad quedaba responsabilizado un secretario. Literatura, Artes Plásticas, Bibliotecas, Pedagogía, Teatro, Música, constituían las principales secciones de la Alianza madrileña. Ricardo Baeza, azañista de indudable prestigio como periodista y crítico literario y teatral, fue el primer presidente de la organización, al que sucedió José Bergamín en agosto de 1936, mientras que Rafael Alberti fue nombrado secretario.

Por otra parte, la situación política de Catalunya durante la Segunda República, con la concesión de un Estatuto de autonomía y de órganos de autogobierno propios vinculados a la Generalitat, era sensiblemente distinta a la del resto de España. La AIDC catalana, que ya había publicado en diciembre de 1935 su Manifiesto fundacional, se constituyó formalmente en Barcelona el 28 de marzo de 1936 bajo la presidencia de Jaume Serra Húnter. Y el 4 de agosto de ese mismo año 1936 publicó en *La Humanitat* un nuevo “Manifest de l’Associació Intel·lectual per la Defensa de la Cultura, al poble revolucionari de Catalunya”, que fue su primera expresión pública de compromiso antifascista con el gobierno republicano en los años de la guerra civil (Campillo, 1994 y 2007). En coexistencia con la Agrupació d’Escriptors Catalans (UGT) y con el Grup Sindical d’Escriptors Catalans (CNT), el 1 de octubre de 1936 la revista madrileña *El Mono Azul* publicó un “Manifest d’intel·lectuals catalans” que concluía con estas palabras: “Contra la guerra! Contra tota tendència regressiva! Per a la defensa de la cultura i de la llibertat!”. Desde Serra Húnter a Josep Lluís Sert, desde Joan Puig i Ferrater a Antoni Rovira i Virgili – sin olvidar los nombres de Jaume Miravittles, Lluís Capdevila, J. Carner Ribalta, Emili Mira, Joaquim Xirau y hasta los ausentes Federico García Lorca, Margarida Xirgu y Cipriano de Rivas Cherif – que habían suscrito ya el de 1935–, firmaron un Manifiesto que traducía su firme compromiso antifascista, que tuvo ocasión de volverse a manifestar a través de otro Manifiesto que la inteligencia catalana suscribió en noviembre de 1936 para condenar los bombardeos de Madrid.

En el Palau de la Música Catalana tuvo lugar el 11 de julio de 1937 una sesión del Segundo Congreso internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, sesión presidida por Lluís Companys, entonces presidente de la Generalitat (AAVV, 2007). Cabe resaltar que tanto el País Valenciano como Cataluña tuvieron delegaciones propias en este Congreso, presididas por Carles Salvador y Jaume Serra Húnter, respectivamente.

Barcelona fue durante el año 1938 la capital de la República española, donde convivieron tres gobiernos: el de la Generalitat de Companys, el republicano de Negrín y el vasco en el exilio de Aguirre (AAVV 2010). Pero Barcelona también fue la capital literaria de la República, en donde convivieron escritores castella-

nos (Aznar Soler, 2010b) y catalanes (Campillo, 2010). Y entre los escritores catalanes, contra el criterio de los escritores “proletarios” de partido, defensores de una literatura de circunstancias, la mentalidad que afortunadamente acabó por imponerse fue la que acentuó el sentido de exigencia artística y la especificidad del oficio de escribir. Joan Oliver fue quien acertó a expresar esta tendencia y a fijar con claridad la función del escritor catalán “de oficio” durante la Guerra Civil en un artículo titulado “Literatura de guerra”, que se publicó en la página primera del número 9 (11 de marzo de 1938) de la revista barcelonesa *Meridià*: crear “literatura, bona literatura, obra artística, de la que salva el temps i l’espai i ennobleix el nom i la memòria d’una terra, i fixa una personalitat nacional en l’assemblea dels grans pobles. Aquesta, i no altra, ha d’ésser l’ambició d’un escriptor al servei de la seva pàtria i de la seva llengua”.

### III. Valencia, capital de la República española

L’Aliança d’Intel·lectuals per a Defensa de la Cultura de València (AIDCV), fundada en la ciudad el 24 de abril de 1936, se constituyó tras el 18 de julio de aquel trágico año 1936 en la organización unitaria y frentepopular de la intelectualidad antifascista valenciana, a la que se afiliaron los antiguos militantes de la Unión de Escritores y Artistas Proletarios (UEAP) o los valencianistas de Acció d’Art. Su creación no fue una iniciativa local o espontánea, sino que respondía a los acuerdos adoptados por el Primer Congreso Internacional de Escritores para Defensa de la Cultura (Aznar Soler, 1987a, I; Klein y Teroni, 2005), celebrado en París entre el 21 y el 25 de junio de 1935. Un Congreso que tuvo una enorme resonancia internacional y del que también se hizo eco la prensa española (Aznar Soler, 1987a, II), en especial de los discursos de escritores como André Gide y André Malraux. Y el 9 de agosto de 1936, el diario valenciano *Verdad* publicó el Manifiesto de adhesión de la AIDCV al gobierno republicano, que firmaban, entre otros, Max Aub, Juan Gil-Albert o Josep Renau (Aznar Soler, 1986a, pp. 122-123), este último futuro Director General de Bellas Artes del Ministerio de Instrucción Pública.

En noviembre de 1936 el gobierno republicano, ante la real amenaza de la caída de Madrid, se trasladó a Valencia, que hasta octubre de 1937 fue la capital de la República española (AAVV, 2008; Aznar Soler, 1986a, 1986b, 2007a y 2007b). Y allí se editaron dos de las sin duda mejores revistas republicanas durante la guerra civil: *Hora de España* y *Nueva Cultura* en su segunda época.

El espíritu de *Hora de España* era de raigambre institucionista, dentro de la mejor tradición liberal-burguesa española, con un pasado de Misiones Pedagógicas en la mayoría de sus redactores y una fuerte influencia de las actitudes de Gide y Malraux, modelos “más que literarios, éticos”. Este talante ético, humanista y socialista, que el Juan de Mairena machadiano iba dibujando número a número en la revista, tuvo su expresión más valiosa en la ponencia colectiva que jóvenes escritores y artistas españoles presentaron en el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura al que nos referiremos más adelante. Una ponencia colectiva que constituye, a mi modo de ver, el documento intelectual de mayor relieve y calidad que suscribió la inteligencia republicana

española durante la Guerra Civil. En cualquier caso, la actitud procomunista era entonces muy transparente en algunos redactores de *Hora de España*, como por ejemplo Arturo Serrano Plaja o Antonio Sánchez Barbudo, y manifestaba, a la par que una confianza esperanzada en el proceso revolucionario soviético, un desconocimiento real de la praxis estalinista.

La AIDCV fue presidida por José María Ots y Capdequí, prestigioso catedrático de la Universidad de Valencia, mientras que Marcelo Jover, periodista y redactor-jefe de *Verdad*, actuó como secretario. L'AIDCV, que mantuvo relaciones solidarias con las AIDC madrileña y catalana, se dividió en cuatro secciones: Literatura, Música, Publicaciones y Artes Plásticas, subdividida esta última, por razón de su importancia cuantitativa y cualitativa, en cuatro talleres: Art Popular, "Bocetistas", Taller de Propaganda Gráfica y Taller de Agitación y Propaganda. Entre los miembros más importantes de l'AIDCV (escritores, artistas, músicos, periodistas, profesores) mencionemos, por ejemplo, a Max Aub, Antonio Ballester, Manuela Ballester, Ricard Blasco, José Bueno, Francisco Carreño Prieto, Bernardo Clariana, Alejandro Gaos, Ángel Gaos, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, Emili Gómez Nadal, J. Manaut Viglietti, Regino Mas, Manuel Monleón, Rafael Pérez Contel, Elisa Piqueras, Pascual Pla y Beltrán, Juan Manuel Plaza, Josep Renau, Juanino Renau, Juan Miguel Romá y Carles Salvador.

El componente valencianista de la AIDCV lo aportó el sector nacionalista de la antigua UEAP, encabezado por Emili Gómez Nadal, quien mantuvo entonces una decidida actitud marxista en referencia a la cuestión nacional. También se sumaron el núcleo de artistas plásticos procedentes d'Acció d'Art; independientes de prestigio como Carles Salvador o Adolf Pizcueta, más un sector de intelectuales del Partit Valencianista d'Esquerra como Maximilià Thous, Enric Navarro i Borràs o Ricard Blasco.

El 3 de diciembre de 1936 apareció en Valencia el primer y único número de *El Buque Rojo*, revista de la "Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura" cuyos responsables eran los pintores Arturo Souto, Miguel Prieto, Antonio Rodríguez Luna y Ramón Gaya, así como los escritores Juan Gil-Albert, Rafael Dieste y Antonio Sánchez Barbudo. A la vista de esta nómina, parece obvio que *El Buque Rojo* constituye el precedente inmediato de la revista *Hora de España*, cuyo primer número se publicó en Valencia en enero de 1937, el mismo mes de la inauguración en la ciudad, que era ya capital de la República española, de la Exposición del Libro Antifascista.

Al igual que *El Mono Azul* en Madrid, *Nueva Cultura* fue, a partir de marzo de 1937, el órgano de expresión de la Aliança valenciana en su segunda época, con su misma voluntad de ser el órgano de expresión del Frente Popular de la intelectualidad antifascista valenciana y española (Renau, 1977 y 1978). Además, las Ediciones Nueva Cultura, al servicio de las necesidades más urgentes de la guerra, habían seguido publicando desde julio de 1936 libros como, por ejemplo, el *Manual del Miliciano*, con una tirada de cuarenta mil ejemplares; tres números especiales de *Nueva Cultura para el campo*; cuatro hojas de *Nueva Cultura para los que luchan en el frente*, o una edición de cinco mil ejemplares del "Romance valenciano del cuartel de Caballería", de Juan Gil-Albert. Y a lo largo del año 1937 las Ediciones Nueva Cultura publicaron también los 7 *romances de guerra*, de

Gil-Albert; *Dibujos de la guerra*, de Rodríguez Luna; un colectivo *Álbum al general Miaja*; *Función social del cartel publicitario*, de José Renau; *El arte de tendencia y la caricatura*, de Francisco Carreño Prieto; *Elegia a un mort*, de Ricard Blasco; y *Elogi de la vagància i una cua*, de Carles Salvador.

La defensa de la cultura constituía la columna vertebral de los intelectuales antifascistas afiliados a la AIDCV, un compromiso orgánico que los vinculaba al pueblo, a esos milicianos que luchaban en las trincheras, a vida o muerte, contra el fascismo internacional en defensa de la independencia, la democracia y la libertad.

#### IV. La política cultural del Ministerio de Instrucción Pública

El Ministerio de Instrucción Pública (MIP), del que fue responsable entonces el comunista Jesús Hernández, desarrolló una política cultural dirigida a los milicianos del Ejército Republicano para luchar contra el analfabetismo popular, contra la alienación a la que los había condenado el señoritismo cultural de la clase dominante española. Recordemos las palabras del *Juan de Mairena* machadiano: “Para nosotros, defender y difundir la cultura es una misma cosa: aumentar en el mundo el humano tesoro de la conciencia vigilante. ¿Cómo? Despertando al dormido. Y mientras mayor sea el número de despiertos...” (Aznar Soler, 2009. p. 210). Un miliciano del Ejército Popular debía ser “culto”, es decir, consciente de las razones de la lucha contra el fascismo, porque el analfabetismo, tal y como expresaba lúcidamente un texto anónimo publicado con el título de “Cultura Popular y el Ejército” en el número 2 (junio de 1937) de la revista *Cultura Popular*, no consistía únicamente en no saber leer ni escribir:

Elevar la cultura del soldado significa fortalecer su conciencia política. Porque para nadie puede ser un secreto que nuestro Ejército Popular ha de ser un conjunto de hombres conscientes del ideal por el cual luchan y mueren si es necesario. Se impone, pues, que tengan una cultura literaria, científica y política todo lo más elevada posible dentro de las circunstancias. ¡Abajo el analfabetismo! Efectivamente, pero teniendo presente que el analfabetismo no consiste solamente en no saber leer y escribir, sino en carecer de conceptos claros de las cosas y en permanecer alejado de los grandes conflictos morales y de justicia social que nos agobian.

Comprender el sentido de la lucha, la razón de una guerra popular contra el fascismo internacional, formar la conciencia política y de clase de los milicianos eran tareas fundamentales en la lucha por una nueva cultura.

Con su lucidez habitual, Antonio Gramsci, desde su prisión italiana, había escrito en uno de sus *Cuadernos* posteriores a 1931, con el título de “Concepto de ideología”, la siguiente nota IV:

Crear una nueva cultura no significa sólo hacer individualmente descubrimientos “originales”; significa también, y especialmente, difundir críticamente verdades ya descubiertas, “socializarlas”, por así decirlo y convertirlas, por tanto, en base de acciones vitales, en elemento de coordinación y de orden intelectual y moral. El que una masa de hombres sea llevada a pensar coherentemente

y de un modo unitario el presente real es un hecho “filosófico” mucho más importante y “original” que el redescubrimiento, por parte de algún “genio” filosófico, de una nueva verdad que se mantenga dentro del patrimonio de pequeños grupos intelectuales. (Gramsci, 1970, p. 366)

“Socializar” las razones de la lucha entre los milicianos era, para el planteamiento gramsciano de la nueva cultura, un hecho “filosófico” fundamental. Al mismo Gramsci le parecía una evidencia que, para ser exactos, hay que hablar de “lucha por una «nueva cultura», y no por un «arte nuevo» (en sentido inmediato). [...] Hay que hablar de lucha por una nueva cultura, o sea, por una nueva vida moral, que por fuerza estará íntimamente vinculada con una nueva intuición de la vida, hasta que ésta llegue a ser un nuevo modo de sentir y de ver la realidad, y, por tanto, un mundo íntimamente connatural con los «artistas posibles» y con las «obras de arte posibles»” (Gramsci, 1970, pp. 484-485).

El planteamiento gramsciano de la nueva cultura ayuda, a mi parecer, a entender la orientación “filosófica” de *Nueva Cultura*. Para la revista, la nueva cultura sólo sería posible con la victoria de una nueva moral, la del humanismo socialista, que defendía la dignidad humana amenazada por el fascismo y la aparición de un “hombre nuevo” en una sociedad sin clases. Por su parte, Bertolt Brecht afirmaba sobre la barbarie fascista que “la equivalencia entre la destrucción de los sindicatos y la destrucción de catedrales y otros monumentos de la cultura no se estableció en el mismo momento, inmediatamente” (Aznar Soler, 2009, p. 267), mientras Ilya Ehrenburg, a su vez, manifestaba su profética convicción de que “hay un solo medio de defender la cultura: exterminar el fascismo. Hemos entrado en la época de la acción; ¿quién sabe si serán terminados los libros concebidos por muchos de nosotros? Durante años, si no es por docenas de años, la cultura estará en los campos de combate” (Aznar Soler, 2009, p. 201).

La política cultural del MIP durante el periodo en que Valencia fue capital de la República (1936-1937) puede calificarse de impecablemente frentepopular y, sin duda ninguna, contribuyó a acrecentar el prestigio tanto del PCE – partido que aumentó considerablemente su poder y su militancia durante los años de la guerra civil– como el de los propios intelectuales comunistas. Y esta política cultural, unitaria y frentepopular, acrecentó también las simpatías comunistas de los llamados “compañeros de viaje”, artistas, escritores e intelectuales “al servicio de la causa popular”. Porque, desde la creación de los Institutos para Obremos a la de las Milicias de la Cultura, y desde la construcción de una tribuna de propaganda en la plaza de Castelar (actual Plaza del Ayuntamiento de Valencia, antes Plaza del Caudillo durante el franquismo) hasta el impulso de numerosas actividades culturales de agitación y propaganda a través de la AIDC y otras organizaciones unitarias, la política cultural del MIP fue una política antisectaria y antidogmática que se fundamentó en “las consignas cardinales” del Frente Popular, tal y como declaraba el ministro Jesús Hernández el 13 de septiembre de 1936 al periódico madrileño *El Sol*:

Es necesario emprender con rapidez un plan de agitación y propaganda apoyándonos en la Música, en el Teatro, en el Cine, y sobre las consignas cardinales del Frente Popular en estos momentos de la guerra civil.

Y el propio ministro acierta a resumir a posteriori sus principales iniciativas culturales como responsable de aquel MIP republicano en estos términos:

En la esfera cultural, la ingente lucha contra el analfabetismo; la creación de las Milicias de la Cultura, que iniciaron en las primeras letras a más de 70.000 soldados en las mismas líneas de combate; la apertura en el término de un año de 6.000 escuelas; la creación de seis Institutos para obreros en los que el Estado pagaba un salario al estudiante; la salvación del tesoro artístico, etc., elevaron el prestigio de los comunistas, a los que en estos capítulos, como en todos los demás, el Partido exigía “ser los primeros y los mejores”. (Hernández, 1974, p. 195)

Recordemos brevemente, por tanto, algunas de las iniciativas culturales impulsadas entonces por el MIP. Las Milicias de la Cultura (Cobb, 1994), por ejemplo, nacieron como un intento oficial por parte del MIP de combatir el analfabetismo en el Ejército Popular. La figura del miliciano de la cultura, tan distante ya de la imagen populista del “misionero” pedagógico, estaba destinada a conseguir la incorporación del combatiente analfabeto a la cultura popular. *Armas y Letras*, portavoz de las Milicias de la Cultura, reproducía en la primera página de su número 1, fechado en Valencia el 1 de agosto de 1937, estas palabras del general Miaja como razón de su actividad:

La cultura en el Ejército Popular no sólo es necesaria, sino imprescindible. La República necesita un Ejército para la defensa del país y esta fuerza armada ha de estar identificada con el pueblo. Es imposible lograrlo si no se hace una labor cultural amplia.

Cultura Popular fue una organización del Frente Popular, nacida antes del 18 de julio, en donde proyectaron toda su potencia cultural las fuerzas antifascistas, partidos políticos y centrales sindicales. Entre las organizaciones que concibieron Cultura Popular, y representada consiguientemente en el Comité Nacional Provisional, se encontraba la AIDC. Cultura Popular se definía como “un organismo para la difusión de la cultura entre las masas atrasadas del pueblo español”, pero lo realmente significativo reside, recordemos, en la impregnación gramsciana de la concepción de la cultura que configuraba su trabajo.

La actividad primordial de Cultura Popular fue la organización de bibliotecas en frentes y retaguardia (Andrés, 1936). En un informe de su labor la organización cifraba en setecientos ochenta y nueve las bibliotecas de guerra entregadas a los batallones, calculando en doscientas las repartidas en el frente de Madrid y las restantes entre los frentes de Aragón y Andalucía. Libros de formación política dentro de la orientación frentepopular, literatura clásica y moderna, novela de aventuras, folletos militares, libros de sexología e higiene, de divulgación científica y técnica, eran las materias principales que constituían el catálogo de una biblioteca de guerra.

Los Institutos para Obreros, creados por un Decreto de 21 de noviembre de 1936 publicado en la *Gaceta de la República* de Valencia, suponían la incorporación a la enseñanza secundaria de la clase trabajadora (Escrivá Moscardó, 2008). El alumnado era propuesto por las organizaciones sindicales y se educaba en un régimen de internado bajo la tutela del Estado. Un sistema de becas y la gratui-

dad de la matrícula completaban las bases materiales de acceso a esos centros, potenciados por el MIP y que funcionaban, por ejemplo, en Valencia, Sabadell, Barcelona y Madrid. A. Bernárdez explicaba así su funcionamiento: “El Instituto Obrero es una especie de bachillerato abreviado para trabajadores de 15 a 35 años. Los cursos están distribuidos en cuatro semestres de trabajo intensivo, en los que el alumno adquiere la preparación general y especial para su ingreso en la Universidad” (Bernárdez, 1936, p. 587).

La Junta de Protección e Incautación del Tesoro Artístico Nacional fue creada por un decreto de 2 de agosto de 1936 en *La Gaceta de Madrid*. A través de su iniciativa se salvaron de la metralla bienes artísticos correspondientes al patrimonio nacional, principalmente del Museo del Prado, Museo de Arte Moderno, Biblioteca Nacional, Archivo Histórico, Museo Arqueológico, Palacio de Liria y Palacio Nacional. Recordemos que Josep Renau fue director general de Bellas Artes durante el periodo comunista del MIP (Renau, 1980) y que la labor de protección alcanzó no sólo a las colecciones estatales sino también a las privadas (Colorado Castellary, 2008a y 2008b).

El Pabellón Español en la Exposición Universal de París (julio de 1937), confirma el sentido creador de la inteligencia española republicana durante la Guerra Civil (Alix Trueba, 1987). Defender la cultura no era, únicamente, protegerla, sino desarrollarla y potenciarla. Los arquitectos Josep Lluís Sert y Luis Lacasa construyeron el edificio, que albergaba obras de la calidad artística y de la significación política del *Guernica* de Pablo Picasso, la *Montserrat* de Julio González, *El Pagés català i la revolució* de Joan Miró o *El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella* de Alberto Sánchez. Si añadimos a esta enumeración la fuente de mercurio de Calder, el sello de ayuda a la República de Miró, los dibujos de Castelao y Rodríguez Luna, las esculturas de Picasso, Pérez Mateo o Emiliano Barral, veremos hasta qué punto el esfuerzo cultural republicano durante aquel espléndido año artístico de 1937 intentó luchar contra la política de no-intervención de las democracias occidentales para lograr movilizar a la opinión pública internacional en solidaridad con la causa popular con objeto de que los pueblos intentaran modificar las políticas de no-intervención practicadas por sus gobiernos respectivos.

La defensa de la cultura, esto es, su difusión y desarrollo, fue la tarea específica de lucha de la inteligencia antifascista española durante la Guerra Civil. Guardando una enorme semejanza con el propósito que animó la participación española en la Exposición Universal de París, tendrá lugar la convocatoria del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, impulsado por el MIP y en cuya organización y desarrollo tuvo un papel determinante la AIDC. Este Segundo Congreso fue, en rigor, un eslabón más de esa sucesión de actividades culturales que objetivaban la praxis comprometida de la inteligencia antifascista española, cuya finalidad última era lograr la solidaridad de la opinión pública internacional con la causa republicana.

## V. La casa de la cultura de Valencia

la decisión ministerial de evacuar a algunos intelectuales madrileños “leales” fue encargada al Quinto Regimiento, quien se ocupó de trasladarlos a Valencia en dos expediciones sucesivas. En un emotivo acto de despedida a la primera expedición, celebrado en la sede madrileña del propio Quinto Regimiento, Antonio Machado se encargó de aclarar, con palabras sencillas que se publicaron en la página 3 del número 109 (24 de noviembre de 1936) de *Milicia Popular*, y en nombre de todos ellos, que la decisión de abandonar Madrid no significaba en ningún caso cobardía por alejamiento del frente de guerra, sino estricta obediencia al gobierno republicano:

Yo no me hubiera marchado; estoy viejo y enfermo. Pero quería luchar al lado vuestro. Quería terminar una vida que he llevado dignamente, muriendo con dignidad. Y esto sólo podré conseguirlo cayendo a vuestro lado, luchando por la causa justa como vosotros lo hacéis.

Los intelectuales evacuados en la segunda expedición, que viajaron por carretera de Madrid a Valencia, se detuvieron en Buñol y el 2 de diciembre de 1936 firmaron un Manifiesto colectivo publicado en la página 3 del número 124 (9 de diciembre de 1936) de *Milicia Popular* en el que, entre otras cosas, decían:

El mundo civilizado debe conocer, para honra de nuestro país, que cuantos formamos parte de esta expedición lo hacemos por nuestra calidad de artistas, químicos, profesores, etc. Que este título de ser trabajadores de la cultura de nuestra patria ha bastado para que el pueblo de Madrid, el 5º Regimiento, se ocupe, en medio de las condiciones terribles que crean los bombardeos de los aviones alemanes e italianos sobre nuestra ciudad, de ponernos a salvo, sin tener en cuenta nuestra condición política o ideológica.

Como nuestros colegas de la primera expedición, afirmamos que nos sentimos orgullosos de formar parte de un pueblo que así procede.

Aquellos “sabios” burgueses, aquellos “trabajadores de la cultura”, representativos de la pluralidad del Frente Popular, subrayaban explícitamente que habían sido evacuados de Madrid por el Ministerio de Instrucción Pública “sin tener en cuenta nuestra condición política o ideológica”, prueba contundente de esa política cultural antisectaria y antidogmática que impulsó aquel Ministerio dirigido por el ministro comunista Jesús Hernández. Y el propio Antonio Machado, al justificar en una carta escrita en diciembre de 1936 a Tomás Navarro Tomás la aceptación de su nombramiento como presidente del Patronato de la Casa de la Cultura, no tenía ningún reparo en expresar públicamente sus razones, por ejemplo esta tercera:

3º Porque el Ministerio de Instrucción Pública – digámoslo sin ánimo de adular a nadie, sino como tributo obligado a la verdad más obvia – aparece en España por vez primera a la altura de su misión, y en la estructura nueva que ha dado a la Casa de los Sabios ha prescindido de cuanto pudo haber en ella de solemne y decorativo, la ha convertido en un hogar para los espíritus, en un taller para las más nobles faenas de la inteligencia, y todo ello orientado,

consagrado generosamente a satisfacer de un modo más o menos directo la sed de cultura que hoy siente nuestro pueblo. (Machado, 1989b, pp. 2167-2168)

Los trabajos y los días de aquellos artistas, escritores e intelectuales que publicaron la revista *Madrid* y que se instalaron en noviembre y diciembre de 1936 en la Casa de la Cultura de Valencia – “la Casa de los sabios, situada”, en el antiguo hotel Palace (calle de la Paz, número 42)–, transcurrieron en paz y armonía hasta que estalló una polémica provocada por unas declaraciones del doctor Lafora en las que denunciaba un supuesto sectarismo por parte del MIP y, más concretamente, de Wenceslao Roces, subsecretario del mismo.

Antonio Machado, como presidente del Patronato, intervino en esta polémica y el 17 de julio de 1937 el propio *Frente Rojo* publicaba en la página 8 una carta suya en donde el escritor acertaba a resumir su actitud en cuatro puntos. Machado resaltaba “que ni directa ni indirectamente, ni con la más leve insinuación, he sido objeto de ninguna presión de partido por parte del Ministerio de Instrucción Pública ni de ningún otro órgano del Estado”. Antonio Machado, símbolo vivo del Frente Popular cultural y de la intelectualidad antifascista española tras la muerte de Valle-Inclán y el asesinato de Federico García Lorca, reafirmaba una vez más su lealtad al gobierno republicano. Y, con mal disimulada complacencia, la revista *El Mono Azul*, órgano de expresión de la AIDC madrileña, en una nota titulada “Nuestra Alianza sale al paso del doctor Lafora”, publicada en la página 1 del número 25 (22 de julio de 1937), elogiaba su actitud “ejemplar” y subrayaba la enorme autoridad moral que poesía el poeta por su limpia conducta e inequívoca lealtad:

El más autorizado de los intelectuales españoles, Antonio Machado, desmiente, con sus palabras nobles, verídicas y generosas como él mismo, esa conducta que Lafora quiere achacar al Gobierno de la República.

Tras su transformación, la reapertura oficial de la Casa de la Cultura tuvo lugar en un acto celebrado el 12 de agosto de 1937 en el que intervinieron tanto el ministro Jesús Hernández como el propio subsecretario, Wenceslao Roces.

## VI. Segundo congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, Julio de 1937)

la colaboración entre el MIP y la AIDC facilitó las tareas de organización de este Segundo Congreso Internacional. Si la política cultural del Ministerio hubiese podido ser censurada injustamente por su orientación comunista, el carácter unitario y frentepopular de la Alianza garantizaba potencialmente una imagen pública no-sectaria en la organización del Congreso. En este sentido, la designación de Juan Gil-Albert, Emilio Prados y Arturo Serrano Plaia como secretarios debió estar realizada, a mi modo de ver, en función de asegurar esa imagen no-sectaria por parte de la organización. Pablo Neruda, por entonces tan sólo un escritor antifascista que hasta 1945 no sería militante del Partido Comunista chileno, colaboró decisivamente desde París con la organización española

de este Segundo Congreso en el que, por razones obvias de lengua e historia, se trataba de potenciar desde la España republicana la participación de varias y prestigiosas delegaciones de países hispanoamericanos en el Congreso, tarea específica que se encomendó al escritor chileno.

A todos los escritores antifascistas que viajaron desde distintos países y continentes a Valencia, Madrid y Barcelona para expresar su solidaridad con la República española, la organización del Congreso les obsequió con cuatro libros. Uno de ellos fue la antología *Poetas en la España leal* (Madrid-Valencia, Ediciones Españolas, 1937; reedición facsimilar: Sevilla, Renacimiento, 2007 y 2017, con prólogo de Manuel Aznar Soler), que reunía poemas de Alberti, Alto-laguirre, Cernuda, Gil-Albert, Miguel Hernández, León Felipe, Moreno Villa, Prados, Serrano Plaja y Lorenzo Varela. En total, once voces poéticas cuyos versos reflejaban la pluralidad generacional, ideológica y política del Frente Popular de la literatura española republicana. Sin duda, eran todos los que estaban pero no estaban todos los que eran. Así, entre los ausentes, por ejemplo Vicente Aleixandre y Juan Ramón Jiménez, tal y como se hacía constar también en el ya citado colofón. En definitiva, *Poetas en la España leal* es una antología “histórica” de la poesía republicana española escrita durante los años de la guerra civil.

La inmensa mayoría de los poetas “leales” habían escrito al inicio de la guerra romances (Salaün, 1985), esa poesía “fácil” y “urgente” recopilada en el espléndido *Romancero General de la Guerra de España* (Madrid-Valencia, Ediciones Españolas, junio de 1937, con prólogo de Antonio R. Rodríguez Moñino). Fue el segundo libro regalado, así como también un *Homenaje al poeta Federico García Lorca* (Valencia, Ediciones Españolas, 1937; reedición facsimilar: Granada, Comisión Nacional del Cincuentenario de la muerte de Federico García Lorca, 1986, prólogo de Luis García Montero) y la *Crónica General de la Guerra Civil*, recopilación de textos realizada por María Teresa León con la ayuda de J. Miñana (Madrid, Ediciones de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, 1937; reedición facsimilar: Sevilla, Renacimiento, 2007, prólogo de Luis Antonio Esteve).

Corpus Barga acertó a analizar con extrema lucidez, a pesar de escribir al calor de una experiencia aún reciente, la significación histórica de aquel Segundo Congreso Internacional en un artículo publicado en el número VIII (agosto de 1937) de la revista *Hora de España*:

Las circunstancias – la fuerza del sino, que dijo el poeta– han hecho que el Congreso Internacional de Escritores, celebrado el mes de julio en Madrid y Valencia, haya tenido una significación, y más que una significación, una justificación que ninguna asamblea de literatos podrá alcanzar ordinariamente. [...]

Así, el Congreso convocado en España no podía alentar más que un propósito: el de que los hombres que tienen “por razón de ser las realidades del espíritu” dijese, aunque sólo fuera un momento: ¡presentes!, a los soldados de la transformación del mundo real. El Congreso, sobre todo en Madrid, sólo podía ser un acto de guerra. [...]

El Congreso en su totalidad ha realizado más que literariamente, vitalmente, el propósito que lo convocó.

La problemática intelectual sometida a la reflexión del Segundo Congreso comprendía los siguientes puntos: – El papel del escritor en la sociedad. – Dignidad del pensamiento. – El individuo. – Nación y cultura. – Humanismo. – Los problemas de la cultura española. – Herencia cultural. – La creación literaria. – Refuerzo de los lazos culturales. – Ayuda a los escritores españoles republicanos.

En rigor, este Segundo Congreso Internacional fue, por las circunstancias de guerra, un congreso “anormal” que no puede ser juzgado estrictamente, a riesgo de ser radicalmente injustos, por la profundidad de sus debates literarios. Este Segundo Congreso supuso, por la pasión lógica suscitada entre los escritores ante la experiencia directa del heroísmo de un pueblo en armas que estaba luchando a vida o muerte contra el fascismo internacional, una victoria colectiva aplastante de la “lógica del corazón” sobre la “lógica de la razón”. O, dicho de otra manera: la razón antifascista de los escritores asistentes a este “anormal” Segundo Congreso les hizo compartir por unos días una experiencia histórica, decisiva para muchos de ellos, que les hizo sentir entonces, sincera y vivamente, a *España en el corazón*, título por cierto de un espléndido libro poético de Pablo Neruda. Por ello, necesitaron, antes que discutir problemas literarios, expresar esa pasión con todas sus implicaciones éticas, políticas e intelectuales. El debate literario se vio desplazado por esta “lógica del corazón” antifascista y, por tanto, para aquellos congresistas, la “anormalidad” de un Congreso Internacional de Escritores en que no se discutiera prioritariamente sobre problemas literarios estaba, en aquellas circunstancias de guerra, plenamente justificada.

En cualquier caso, este Segundo Congreso, como subrayaron algunos de los escritores asistentes, no fue precisamente un Congreso de los Pen Clubs. Julien Benda supo explicar las diferencias entre este Segundo Congreso y un congreso de los Pen Clubs cuando afirmó el 17 de julio en su ponencia parisina:

Hace varias semanas asistí en París a la inauguración de otro congreso de intelectuales, el congreso de los Pen Club, cuyo presidente creía necesario asegurar al auditorio – y de forma muy evidente como elogio–, el hecho de que la institución en donde se inauguraban los debates no perteneciese a ningún partido político, a ninguna doctrina política. (Aznar Soler, 2009, p. 264)

Si el apoliticismo caracterizaba a los penclubistas, no cabe duda de que este Segundo Congreso fue un congreso de “manos sucias” en donde el contexto excepcional de guerra relegó el debate estrictamente literario a un lugar secundario aunque sin duda importante. Así, si Malraux afirmaba en su intervención en la sesión madrileña del día 7 de julio que “es imposible hablar a un mismo tiempo de cuestiones profesionales y dirigirse al pueblo de Madrid (Aznar Soler, 2009, p. 125) y César Vallejo, autor del conmovedor y deslumbrante libro poético *España, aparte de mí este cáliz*, daba por descontado en su ponencia que “este Congreso, naturalmente, no ha venido a discutir problemas de técnica profesional” (Aznar Soler, 2009, p. 110), fue sin duda el norteamericano Malcolm Cowley quien acertó a expresar con mayor claridad esta condición “sacrificial”:

En este Congreso Internacional de Escritores hay docenas de problemas literarios cuya discusión yo desearía escuchar. Por ejemplo, yo quería oír las opiniones de mis colegas con respecto al nacionalismo en la literatura, [...] sus

ideas sobre literatura proletaria [...] Yo querría oír, discutir antiguos problemas, tal como el de la función de la crítica y las relaciones entre la literatura y la sociedad. Espero que otros podrán llevar adelante esta discusión. En otro tiempo, en otro sitio, yo podría contribuir con mis propias ideas.

Pero aquí, en Valencia, me encuentro en la imposibilidad de decir lo que yo había pensado escribir en Nueva York. Aquí, en Valencia, lo único que sustrae mi atención, con exclusión de cualquier otra idea, es la guerra contra el fascismo español, alemán, italiano, internacional. (Aznar Soler, 2009, pp. 35-36)

En rigor, el Segundo Congreso se justifica por su propia realización en la España de julio de 1937 como el acto de propaganda cultural más espectacular organizado por la República durante la guerra civil. Un Congreso en el que participaron algunos de los escritores antifascistas más prestigiosos de todo el mundo para expresar con su mera presencia la solidaridad de la inteligencia antifascista internacional (AAVV, 1937; Binns, 2004 y 2009). La indagación de formas concretas de ayuda a la España republicana; la condena de la política de no-intervención practicada por las democracias burguesas occidentales; la reafirmación de una política de unidad antifascista, expresa en los Frentes Populares, son constantes reiteradas en muchos de los discursos pronunciados en este Segundo Congreso.

Si el escritor tenía que combatir con la pluma como arma, la concepción de una literatura al servicio de la propaganda podía ser una tentación de resolver por la vía fácil el conflicto. La literatura de propaganda era una literatura obviamente útil y necesaria que respondía entonces a las necesidades urgentes de la guerra. Y, en este sentido, la ponencia colectiva de escritores y artistas españoles, escrita y leída por Arturo Serrano Plaja, sorprende gratamente por su calidad literaria y rigor intelectual. Sólo por esta ponencia, a mi modo de ver el documento de pensamiento literario más lúcido que hayamos podido leer en esos años, quedaría justificado, desde el punto de vista de la literatura española, este Segundo Congreso (Aznar Soler, 2009, pp. 173-183). Su actitud ante el arte de propaganda, por ejemplo, está expresada con una admirable lucidez y claridad:

De ahí nuestra actitud ante el arte de propaganda. No lo negamos, pero nos parece, por sí solo, insuficiente. En tanto que la propaganda vale para propagar algo que nos importa, nos importa la propaganda. En tanto que es camino para llegar al fin que ambicionamos, nos importa el camino, pero como camino. Sin olvidar en ningún momento que el fin no es, ni puede ser, el camino que conduce a él. Lo demás, todo cuanto sea defender la propaganda como un valor absoluto de creación, nos parece tan demagógico y tan falto de sentido como pudieran ser, por ejemplo, el arte por el arte o la valentía por la valentía. Y nosotros queremos un arte por y para el hombre. (Aznar Soler, 2009, p. 180)

Es muy recomendable una lectura atenta de esta valiosísima ponencia (López García, 2008), en la que, lejos de la demagogia y del populismo, se apuntaba hacia una literatura de calidad, calidad estética que expresara la calidad de los valores culturales, políticos y sociales por los que se combatía en la guerra. El arte y la literatura debían estar “al servicio de la causa popular”, pero sin supeditarlos a la urgencia propagandística, a intereses sectarios o a dogmas estéticos.

En todas las ponencias hay unanimidad en resaltar que el pueblo español lucha por su libertad, pero también por la dignidad del hombre y por la libertad

de los pueblos: que lucha, en una palabra, en defensa de la cultura. Y todos los discursos subrayan igualmente la barbarie del fascismo, su voluntad destructora a través del asesinato o del genocidio de toda la tradición cultural. Por desgracia, dos símbolos de esa barbarie fascista se habían producido ya entonces en la guerra civil española: el bombardeo de Guernica y el asesinato de Federico García Lorca, asesinato que, en la interpretación de Fernando de los Ríos, alcanzaba una dimensión simbólica y universal: “En él fusilaron a la poesía, no al poeta” (Aznar Soler, 2009, p. 202).

Y es que existe una clara conciencia en la mayoría de escritores de que la guerra civil española tiene una significación universal y de que en ella se está jugando el porvenir del mundo. Sólo la victoria contra el fascismo posibilitará la conquista de una nueva cultura, expresión de ese hombre nuevo, de esa nueva sociedad que, para Sender, está vinculada al ascenso histórico del proletariado internacional (Aznar Soler, 2009, pp. 281-282). Pero en ninguna ponencia se expresa con mayor rigor este nuevo humanismo como en la ponencia colectiva de escritores y artistas españoles, ya antes elogiada, en donde se describe con precisión la trayectoria de aquella juventud literaria y artística, desde la pureza deshumanizada hasta la revolución y sus valores:

Porque, efectivamente, somos humanistas, pero del humanismo éste que se produce en España hoy. Del que recoge la herencia del humanismo burgués, menos lo que este último tiene de utopía, de ilusión engañosa sobre el hombre y la sociedad, de pacifismo, de idealismo en desuso y casi pueril; no podemos fiarnos de un progreso que se hiciera por sí solo; no podemos admitir el pacifismo en esta época de guerra, que sólo nos permite entrever el fin de las guerras capitalistas y el advenimiento efectivo de la paz, por la revolución. Entendemos el *humanismo* como aquello que intenta comprender al hombre, a todos los hombres, a fondo. Entendemos el humanismo como el intento de restituir al hombre la conciencia de su valor, de trabajar para limpiar la civilización moderna de la barbarie capitalista... (Aznar Soler, 2009, p. 181)

Por su superación del humanismo burgués y por su oposición a la barbarie capitalista, cabe hablar de este nuevo humanismo como un “humanismo socialista”, vinculado al destino histórico del pueblo español y, por consiguiente, a la victoria republicana.

En realidad, el Segundo Congreso cumplió, con su misma celebración, su objetivo principal como asamblea antifascista de la inteligencia mundial. ¿Qué más se podía exigir en un terreno razonablemente realista sino que fuera un acto emotivo de solidaridad internacional y de propaganda de la causa republicana contra la vergonzante neutralidad de la mayoría de los gobiernos del mundo? Y si una de las funciones claves de la inteligencia antifascista era razonar y propagar el sentido de la lucha popular, no cabe duda de que este Segundo Congreso cumplió con su misión, de que sirvió como caja de resonancia de la legitimidad y justicia que asistían a la República española en su guerra contra el fascismo internacional. El propósito prioritario era el de demostrar al mundo, a través de la voz cualificada de la inteligencia, la solidaridad internacional con la causa republicana, objetivo conseguido, ya que, sin exageración, reitero mi convicción de que este Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la

Cultura constituyó el acto de propaganda intelectual más espectacular realizado en la España republicana durante la guerra civil.

Por ello no puedo silenciar una anotación de Manuel Azaña en sus *Diarios* sobre este Segundo Congreso Internacional que me parece altamente despreciativa, un punto soberbia (“¡Qué bien ha estado la ausencia!”) y rencorosa (“Le dije francamente que se me habían quitado las ganas de ir a hacer un discurso en la sesión de clausura”), rígidamente protocolaria (“Por lo visto, es inútil esperar que haya gente capaz de hacer bien las cosas, sobre todo cuando es menester tacto y cortesía para hacerlas bien”) y elitista (“Los congresistas, en mangas de camisa, fumando”). Y, en definitiva, sumamente injusta (“El Congreso no ha valido nada. Ha venido poca gente y poquísima de renombre”) y hasta miserable (“Como yo me figuraba: una birra):

Hoy se clausura en Valencia el Congreso de intelectuales antifascistas. He rehusado asistir a la sesión, no obstante las extemporáneas y tardías invitaciones que se me han hecho esta misma tarde, “a título particular”, o quizás a causa de ellas. El mes pasado me visitó Bergamín, con otros escritores para mí desconocidos personalmente. Me habló del Congreso y de mi posible asistencia a una sesión. Le contesté que no me comprometía a nada, que trataría de ello con el Gobierno, y que dependería todo de lo que fuese el Congreso mismo y de las circunstancias políticas y militares del momento. Nadie volvió a hablarme del asunto. La víspera de la inauguración, por la tarde, el subsecretario de Instrucción Pública telefoneó a Bolívar, preguntándole si asistiría yo, como se había en cierto modo anunciado. Le hice contestar que yo no sabía nada del caso, que era para tratado y resuelto con el jefe del Gobierno, y que por tanto, para el día siguiente, que no contasen conmigo. El Congreso no ha valido nada. Ha venido poca gente y poquísima de renombre. La aportación española no ha sido más lucida. A la inauguración asistió parte del Gobierno, con su Presidente. Después los han llevado a Madrid, a celebrar dos sesiones en un cine, y varios banquetes. Aguantaron una noche de bombardeo. Veo en los periódicos que una de las sesiones la presidió la señorita León, y que en otra Corpus Barga propuso una censura contra André Gide. El Congreso le cuesta un dineral al Estado, y el día de la primera sesión no tenían máquinas de escribir ni lápices, ni papel, ni taquígrafos. Así me lo contó Domenchina. Cuando vino Negrín a La Pobleta a despedirse para Madrid, porque deseaba estar presente al empezar las operaciones, me habló del Congreso de los intelectuales. Se disculpó de no haberlo hecho antes, pero se le había olvidado. Le dije francamente que se me habían quitado las ganas de ir a hacer un discurso en la sesión de clausura. El Presidente se marchó a Madrid y no ha vuelto. Allí están Prieto y Zugazagoitia. También creo que está ausente el ministro de Instrucción Pública, cosa extraña, habiendo de por medio una ceremonia de intelectuales. El caso es que anoche su subsecretario volvió a hablar del asunto con Bolívar. Le hice decir que era cosa acordada con el jefe del Gobierno que no iría a la sesión. Y esta tarde, Bergamín, habla por teléfono, “a título particular”, lamentando que no vaya, quizás a causa de un *malentendu*, y pidiendo verme unos minutos. Encargué a Bolívar que le hiciese saber que, sintiéndolo mucho, no iría. Es probable que todos se piquen. Por lo visto, es inútil esperar que haya gente capaz de hacer bien las cosas, sobre todo cuando es menester tacto y cortesía para hacerlas bien [...]. También se habló de la última sesión

del Congreso de escritores. Asistió Giral, y Martínez Barrio, invitado a última hora. ¡Qué bien ha estado la ausencia! Como yo me figuraba: una birria. Los congresistas, en mangas de camisa, fumando. La sesión no era ya de clausura, porque han acordado “clausurarse” en París. Habló Fernando de los Ríos. Muy aplaudido. Giral me dijo que no había comprendido su discurso. Y cuatro palabras de Martínez Barrio. (Azaña, 1968, pp. 672-673)

Tampoco puedo silenciar algunas lamentables miserias de este Segundo Congreso como, por ejemplo, el grave error de la exclusión por razones políticas de André Gide, una imposición de la delegación soviética al haber criticado el escritor francés en su libro *Retouches à mon retour de l'URSS* ciertos aspectos de la realidad soviética que disgustaron a los intelectuales estalinistas. Con la perspectiva privilegiada que nos confiere el presente, se trató de un grave error cuya responsabilidad última cabía achacar al propio MIP, organizador a través de la AIDC de este Segundo Congreso Internacional. Pero si se trató de un error sin paliativos, no cabe deducir de él mecánicamente simplificaciones intelectuales injustas, como las realizadas por ciertos “profesionales” del anticomunismo más vulgar, para quienes el responsable de la derrota republicana fue Stalin y quienes, por la mera exclusión de Gide, se atreven a calificar a este Segundo Congreso Internacional como un Congreso “estalinista”, que es lo que en 1987 trataron de realizar algunos intelectuales relevantes como Octavio Paz y Jorge Semprún en el muy polémico Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas, que se celebró en Valencia para conmemorar, cincuenta años después, este Segundo Congreso de 1937. En rigor, el objetivo fundamental de su celebración en aquella España republicana fue, repetimos, la condena de la criminal política de no-intervención practicada por las democracias burguesas occidentales, una manera de intervención como otra cualquiera y no precisamente a favor de aquella “República democrática”. Porque si hubo responsabilidades políticas en la derrota republicana, el sentido común parece indicarnos que la política de no-intervención fue mucho más determinante que la sombra alargada del comunismo estalinista.

A mi modo de ver, la grandeza antifascista de este Segundo Congreso Internacional en la España republicana de julio de 1937 es innegable e indiscutible y con toda la razón del mundo, en su “Discurso de inauguración” ante el Segundo Encuentro de Intelectuales para la soberanía de los pueblos, pronunciado en La Habana el 29 de noviembre de 1985, Gabriel García Márquez lo mencionó como una excepción histórica a la regla general:

Siempre me he preguntado para qué sirven los encuentros de intelectuales. Aparte de los muy escasos que han tenido una significación histórica real en nuestro tiempo, como el que tuvo lugar en Valencia de España en 1937, la mayoría no pasan de ser simples entretenimientos de salón.

En la España de 1937, con un pueblo en armas contra el fascismo internacional, el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura no podía ser un Congreso más, un simple entretenimiento de salón, sino un Congreso excepcional que, en efecto, tuvo, tiene y tendrá “una significación histórica real en nuestro tiempo”.

## VII. Antonio Machado, de Barcelona a Collioure

El traslado del gobierno republicano de Valencia a Barcelona a finales del mes de octubre de 1937 significó también la transformación de la ciudad catalana en capital política y cultural de la República española. Una capitalidad política que se caracterizó, como hemos dicho, por la insólita convivencia de tres gobiernos: el gobierno de la Generalitat de Catalunya, cuyo presidente era entonces Lluís Companys; el republicano español presidido por Juan Negrín; y, finalmente, el gobierno vasco en el exilio, presidido por el lehendakari José Antonio Aguirre (AAVV, 2010). Y una capitalidad cultural en donde, además de la presencia de intelectuales gallegos y vascos “leales”, convivieron durante el año 1938 en Barcelona intelectuales de expresión literaria en lengua castellana y en lengua catalana, es decir, intelectuales que representaban a las cuatro lenguas más importantes de nuestra República literaria (Aznar Soler, 2010b).

Antonio Machado, tras su estancia en “Villa Amparo”, un chalet en el pueblo valenciano de Rocafort, se trasladó, como el propio gobierno republicano, a la ciudad de Barcelona, capital de la República desde finales de octubre de 1937. La lealtad de Antonio Machado al gobierno republicano durante la guerra civil fue una lealtad ejemplar, una lealtad – y nunca mejor dicho – a prueba de bombas. Bastaría recordar, en este sentido, las palabras con las que el escritor, fiel a sí mismo, explicaba su actitud ante la polémica surgida en julio de 1937 a propósito de la disolución de la Casa de la Cultura de Valencia:

Mi posición política es hoy la misma de siempre. Yo soy un viejo republicano para quien la voluntad del pueblo es sagrada. Toda mi vida estuve frente a los gobiernos que, a mi juicio, no lo representaban. Porque pienso que el Gobierno actual lo representa plena y legítimamente en los momentos más trágicos de la vida española, profeso y aconsejo la más estricta disciplina. (Machado, 1989b, p. 2195)

El escritor, disciplinado por leal, entendió que ese capitán “sagrado” era entonces el presidente Juan Negrín y que, en aquellas circunstancias excepcionales, las necesidades de la guerra eran absolutamente prioritarias, por lo que, en su caso, constituía un deber moral servir con su pluma a la causa popular, representada por el gobierno republicano y por “capitanes” también “sagrados” como el comunista Enrique Líster, a quien dedicó un célebre soneto, “A Líster, Jefe en los ejércitos del Ebro”: “*Si mi pluma valiera tu pistola / de capitán, contento moriría.*” (Machado, 1989a, p. 826). Y la pluma de Antonio Machado fue el arma con la que el escritor combatió incansablemente en la retaguardia republicana, tanto en Madrid como en Valencia y en Barcelona, su manera de manifestar su solidaridad fraterna con los milicianos que, “pueblo en armas”, combatían en los frentes de guerra, a vida o muerte, con “noble señorío”, contra los “señoritos”.

Las colaboraciones durante el año 1938 de Antonio Machado, tanto en el diario *La Vanguardia* como en la revista *Hora de España*, son sobradamente conocidas. Pero conviene no olvidar la publicación de un libro, *La guerra (1936-1937)*, con dibujos de su hermano José Machado, en donde el escritor reunió siete textos escritos entre agosto de 1936 (Madrid) y mayo de 1937 (Valencia). Hasta el último momento estuvo Antonio Machado luchando con su pluma en defensa de la causa

republicana. Hasta el último día de su estancia en Barcelona el poeta siguió escribiendo, es decir, resistiendo con el arma de su pluma, bien a través de poemas y artículos publicados en la prensa, bien a través de la firma de manifiestos colectivos en solidaridad con las víctimas. Y, en este sentido, resulta muy revelador que la última carta escrita en Barcelona por Antonio Machado que conocemos hasta la fecha tenga como destinatario al general Vicente Rojo y esté fechada en “Barcelona, 19 Enero 1939”. Sólo tres días después, durante la noche del 22 de enero de 1939, abandonaba Antonio Machado la ciudad de Barcelona para iniciar, junto a su familia (su madre, Ana Ruiz; su hermano José; su mujer, Matea Monedero; más sus tres hijas, Carmen, María y Eulalia) y algunos amigos, un largo y penoso viaje hacia la frontera francesa, hacia el exilio (Alonso y Aznar Soler, 2015).

Instalada la familia en Collioure, las necesidades económicas de Machado y su familia durante aquellos primeros días de su exilio francés eran muy acuciantes. Pero a Collioure había llegado Antonio Machado enfermo de amargura, la amargura de la derrota, y con un agudo dolor de exilio en su corazón. Esa amargura por la derrota y ese dolor de exilio se fueron agravando irreversiblemente en el poeta durante aquellos días y noches de febrero de 1939 hasta desembocar en su muerte la tarde del 22 de febrero de 1939. Antonio Machado, envuelto en una bandera tricolor, fue enterrado en el cementerio de Collioure el 23 de febrero de 1939 y se convirtió inmediatamente en un símbolo de la dignidad republicana, de la fidelidad a unos valores éticos y políticos, de lealtad y disciplina ejemplares al servicio de la causa popular. Y por todas estas razones, dictadas por su conciencia como un estricto deber moral, Antonio Machado se convirtió desde ese mismo día en un santo laico, en un “capitán” literario “sagrado” que supo estar a la altura de su pueblo y de las circunstancias históricas, en un mito para el imaginario colectivo del exilio republicano español de 1939.

## VIII. Epílogo

Cinco obviedades que, en tiempos difíciles para la memoria democrática, conviene recordar, sobre todo a los más jóvenes:

- 1.- La República no hizo la guerra, se la hicieron unos militares golpistas que, con la ayuda del fascismo internacional, de tropas nazis de Hitler y de tropas fascistas de Mussolini, se alzaron en armas el 18 de julio de 1936 contra la legalidad democrática del gobierno del Frente Popular.
- 2.- Las guerras no las ganan las letras sino las armas. El 1 de abril de 1939 ganó la razón de la fuerza militar fascista a la fuerza de la razón democrática republicana.
- 3.- Una de las causas fundamentales de la derrota republicana fue la política de no-intervención practicada por las democracias burguesas occidentales, una forma de intervención como otra cualquiera, pero en beneficio del fascismo internacional y en contra de la República democrática española.
- 4.- Federico García Lorca, asesinado por la barbarie fascista; Miguel Hernández, muerto en una cárcel franquista; y Antonio Machado, fallecido en su

exilio francés de Collioure, constituyen tres mitos en el imaginario colectivo del exilio republicano español de 1939.

5.- El 1 de abril de 1939 para los vencidos republicanos no llegó la paz, sino la Victoria, es decir, los fusilamientos (Lluís Companys), las cárceles (Miguel Hernández) o el exilio (Antonio Machado).

## Referencias Bibliográficas

- AAVV. (1937). *La voz de la inteligencia y la lucha del pueblo español. Antecedentes y documentos*. París: Association Hispanophile de France.
- AAVV. (2007). *Barcelona, 11 juliol de 1936. Segon Congrés Internacional d'Escriptors per a la Defensa de la Cultura*. Edición de Manuel Aznar Soler. Sevilla: Renacimiento.
- AAVV. (2008). *València, capital cultural de la República (1936-1937). Congrés Internacional*. Edición de Manuel Aznar Soler, Josep Lluís Barona y Javier Navarro Navarro. Valencia: Universitat de València-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.
- AAVV. (2010). *Barcelona, 1938. Capital de tres governs (2 vol.)*. Edición de Laia Arañó Vega. Barcelona: Fundació Pi Sunyer.
- Alix Trueba, J. (1987). *Pabellón Español Exposición Internacional de París 1937*. Catálogo documental editado con motivo de una exposición inaugurada el 25 de junio de 1987 en el Centro de Arte Reina Sofía de Madrid. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Alonso, M., & Aznar Soler, M. (2015). *Antonio Machado y el exilio republicano de 1939 en Francia*. Sevilla: Renacimiento, Biblioteca del Exilio, Anejos-XXIII.
- Andrés, T. (1936). Cultura Popular y su sección de Bibliotecas, en "Labor cultural de la República Española". *Tierra Firme*, 3-4.
- Azaña, M. (1968). *Memorias políticas y de guerra*, en *Obras Completas (Tomo IV)*. México: Ediciones Oasis.
- Aznar Soler, M. et al. (1986a). *València, capital cultural de la República (1936-1937). Antologia de textos i documents*. Edición de Manuel Aznar Soler. Colección Homenatges-3. Valencia: Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana.
- Aznar Soler, M. et al. (1986b). *València, capital de la República*. Edición de Manuel Aznar Soler. Catálogo de la exposición de idéntico título inaugurada el 15 de abril de 1986 en la Lonja de Valencia. Valencia: Ayuntamiento de Valencia.
- Aznar Soler, M. (1987a). *Primer Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (París, 1935)*. Colección Homenatges-6 y 7, 2 volúmenes. Valencia: Conselleria de Cultura, Educació i Ciència.
- Aznar Soler, M. (1987b). *Literatura española y antifascismo (1927-1939)*. Valencia: Conselleria de Cultura, Educació i Ciència.
- Aznar Soler, M. (2007a). *Valencia, capital literaria y cultural de la República (1936-1937)*. Valencia: Universitat de València.
- Aznar Soler, M. (Ed.) (2007b). *València, capital cultural de la República (1936-1937)*, edición de Manuel Aznar Soler (2 vol.). Valencia: Consell Valencià de Cultura.
- Aznar Soler, M. (2009). *Materiales documentales del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937)*. Sada: Edició do Castro.
- Aznar Soler, M. (2010a). *República literaria y revolución (1920-1939) (2 vol.)*. Colección Iluminaciones-64. Sevilla: Renacimiento.
- Aznar Soler, M. (2010b). Los escritores en lengua castellana en Barcelona, capital literaria de la República (1938). In AAVV., *Barcelona, 1938. Capital de tres governs (Tomo 2, pp. 307-346)*. Edición de Laia Arañó, Vega, Barcelona: Fundació Pi Sunyer.
- Bernárdez, A. (1936). Enseñanza secundaria. Institutos Obreros, en "Labor cultural de la República Española". *Tierra Firme*, 3-4.
- Binns, N. (2004). *La llamada de España. Escritores extranjeros en la Guerra Civil*. Barcelona: Montesinos.
- Binns, N. (2009). *Voluntarios con gafas. Escritores extranjeros en la guerra civil española*. Madrid: Mare Nostrum.

- Campillo, M. (1994). *Escriptors catalans i compromís antifeixista (1936-1939)*. Barcelona: Curial Edicions Catalanes-Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- Campillo, M. (2007). L'AIDC i la participació catalana en el Segon Congrés Internacional d'Escriptors. In Manuel Aznar Soler (Ed.), *Barcelona, 11 juliol de 1937. Segon Congrés Internacional d'Escriptors per a la Defensa de la Cultura* (pp. 39-80). Sevilla: Renacimiento.
- Campillo, M. (2010). Barcelona 1938: els escriptors catalans. In AAVV., *Barcelona, 1938. Capital de tres governs* (Tomo 2, pp. 255-281). Edición de Laia Arañó Vega. Barcelona: Fundación Pi Sunyer.
- Cobb, Ch. (1994). *Los Milicianos de la Cultura*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- Colorado Castellary, A. (2008a). *Éxodo y exilio del arte. La odisea del Museo del Prado durante la Guerra Civil*, Serie Mayor, que incluye un DVD con el documental *Salvemos el Prado*. Madrid: Cátedra - Historia.
- Colorado Castellary, A. (2008b). La salvaguarda del patrimonio artístico nacional en Valencia. In AAVV., *València, capital cultural de la República (1936-1937). Congrés Internacional* (pp. 409-432). Edición de Manuel Aznar Soler, Josep Lluís Barona & Javier Navarro Navarro. Valencia: Universitat de València-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.
- Escrivá Moscardó, C. (2008). *Los Institutos para Obreros. Un hermoso sueño republicano*. Valencia: Artes Gráficas Fernando Gil.
- Gramsci, A. (1970). La formación de los intelectuales. In *Antología*, preparada por Manuel Sacristán. México: Siglo XXI.
- Gramsci, A. (1972). Los intelectuales en España. In *Cultura y literatura*. Barcelona: Península.
- Hernández, J. (1974). *Yo fui un ministro de Stalin*. Madrid: Gregorio del Toro, editor.
- Hernández, M. (1992a). *Viento del pueblo*. In *Poesía*. Edición crítica de Agustín Sánchez-Vidal y José Carlos Rovira, con la colaboración de Carmen Alemany, tomo I de su *Obra completa*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Hernández, M. (1992b). *Teatro*. Edición crítica de Agustín Sánchez-Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, tomo II de su *Obra completa*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Klein, W., y Teroni, S. (2005). *Pour la défense de la culture. Les textes du Congrès International des Écrivains. Paris, juin 1935*. Textos reunidos y presentados por Sandra Teroni y Wolfgang Klein. Colección Sources. Dijon: Éditions Universitaires de Dijon.
- López García, J. R. (2008). Representaciones del humanismo: de la "Ponencia colectiva" a Edward Said. In M. Aznar Soler, J. L. Barona & J. Navarro (Eds.), *València, capital cultural de la República (1936-1937). Congrés Internacional* (pp. 785-806). Valencia: Universitat de València-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.
- Machado, A. (1989a). *Poesías completas*, tomo II de *Poesía y prosa*. Edición crítica de Oreste Macrì con la colaboración de Gaetano Chiappini. Madrid: Espasa-Calpe / Fundación Antonio Machado.
- Machado, A. (1989b). *Prosas completas (1936-1939)*, tomo IV de *Poesía y prosa*, edición crítica de Oreste Macrì con la colaboración de Gaetano Chiappini. Madrid: Espasa-Calpe / Fundación Antonio Machado.
- Renau, J. (1977). Notas al margen de *Nueva Cultura*. Prólogo a la reedición facsimilar de la revista. Biblioteca del 36-XII, XII-XXIV. Vaduz: Topos Verlag AG.
- Renau, J. (1978). *La batalla per una nova cultura*. Valencia: Tres i Quatre.
- Renau, J. (1980). *Arte en peligro, 1936-1939*. Valencia: Fernando Torres, editor.
- Salaün, S. (1985). *La poesía de la guerra de España*. Madrid: Castalia.
- Suñer, E. (1937). *Los intelectuales y la tragedia española*. Burgos: Editorial Española.
- Zambrano, M. (1936). La Alianza de Intelectuales Antifascistas, en "Labor cultural de la República Española". *Tierra Firme*, 3-4.
- Zambrano, M. (1998). *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*. Presentación de Jesús Moreno Sanz. Madrid: Editorial Trotta.

## Resumen

En este artículo se pretende describir un panorama de la literatura y cultura republicanas durante la guerra de España. El odio del fascismo a la intelectualidad determinó un compromiso en defensa de la cultura de una inteligencia española mayoritariamente "leal" al gobierno republicano del Frente Popular. Así, se crearon en Barcelona, Madrid y Valencia las Alianzas de Intelectuales

para la Defensa de la Cultura y el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes acertó a desarrollar, durante el tiempo en que el comunista Jesús Hernández fue su responsable, una política cultural frentepopular en la que podemos señalar como algunos de sus hitos más importantes la creación en Valencia de la Casa de la Cultura o la celebración del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Antonio Machado es sin duda el escritor español que simboliza con mayor claridad la lealtad al gobierno republicano. Una lealtad que le conducirá, de Madrid a Valencia y de Valencia a Barcelona, a morir el 22 de febrero de 1939 en su exilio francés y a ser enterrado, envuelto en una bandera tricolor, en el cementerio de Collioure.

### Abstract

This article aims to describe a panorama of republican literature and culture during the war in Spain. The hatred of fascism for the intellectuality determined a commitment in defence of the culture of a Spanish intelligentsia mostly "loyal" to the republican government of the Popular Front. Thus, the Alliances of Intellectuals for the Defence of Culture were created in Barcelona, Madrid and Valencia. The Ministry of Public Instruction and Fine Arts, while the communist Jesús Hernández was in charge, developed a popular front cultural policy. The most important milestones of this policy were the creation in Valencia of the House of Culture or the celebration of the Second International Congress of Writers for the Defence of Culture. Antonio Machado is undoubtedly the Spanish writer who symbolizes with greater clarity the loyalty to the republican government. A loyalty that will lead him, from Madrid to Valencia and from Valencia to Barcelona, to die on February 22, 1939 in his French exile and to be buried, wrapped in a tricolour flag, in the cemetery of Collioure.